

La Importancia del Trabajo en Red en Nuestra América

Jaime Fisher¹
Instituto de Filosofía
Universidad Veracruzana

Muchas gracias a los organizadores de este evento por la invitación a participar con ustedes en esta discusión, que espero sea fructífera para todos.

He dividido mi intervención en dos partes. En la primera de ellas me referiré -en un sentido que espera acercarse a ser un punto de vista de la etnografía- a algunas de las experiencias que he tenido en diversos congresos internacionales en el ámbito iberoamericano, y nucleados en torno al tema de la filosofía. Según creo esto cobraría aquí pertinencia porque desde un punto de vista amplio y general, los congresos, organizados alrededor de cualquier tema, son en mi opinión ya un intento -aunque no siempre ni necesariamente consciente entre sus organizadores ni entre sus participantes- por construir algo parecido a lo que podríamos acordar entender por una red académica e investigativa. Si esto es así, entonces tener una idea clara acerca de cómo y por qué funcionan los congresos como funcionan -y de cómo y cuándo no lo hacen- es un buen punto de partida para trazar algunas ideas acerca de cómo debería funcionar una red académica de investigación. Lo que intenta esta parte descriptiva es demarcar los límites de lo posible y lo deseable para la construcción de una red académica, a partir de los recursos de que disponemos y de cómo nos comportamos en atención a nuestros intereses académicos.

Es por esto último en particular que también parece necesario, y tal vez hasta urgente, llevar a cabo una investigación ya desde y a través de una red de investigadores -y en particular desde la perspectiva de la sociología de la ciencia- sobre la naturaleza de estos eventos. Me agradecería mucho por ello que entre el público presente y/o entre los lectores de este documento hubiera ya uno o más etnólogos, antropólogos y sociólogos, que

¹ jaime.fisher@gmail.com

consideraran todo esto -incluyendo por supuesto lo que estoy diciendo- como objeto directo de sus estudios disciplinares e interdisciplinares.

En la segunda parte de mi intervención intentaré precisamente trazar alguna idea a este último respecto para nuestra América siguiendo, sin embargo, algunas ideas de fuera de nuestra región, y en particular algunos de los indicios proporcionados por la teoría del actor-red de Bruno Latour. También siguiendo a Latour me preguntaré sobre la posibilidad y la pertinencia de demarcar lo que está adentro y lo que está afuera, de nuestra América o de cualquier otra región posible del mundo. Esto último implicaría por ello plantearse algunas preguntas acerca del sentido que tiene o tendría hablar de redes, de investigación y de conocimiento con base en adscripciones nacionales o geográficas cuyos límites -cuando los hay- tienden a borrarse y a perder referencia ante el avance científico y tecnológico, en particular cuando consideramos el desenvolvimiento cada vez más acelerado en el ámbito de las nuevas tecnologías de la información y la telecomunicación, y sus múltiples impactos sociales y culturales.

La ciencia (y la filosofía) es un producto de una actividad social. Tanto en el sentido de que se realiza a partir del avance ya alcanzado a través de la historia por sociedades pasadas (trabajamos montados sobre los hombros de gigantes muertos), como en el de que se hace en relación al trabajo de una determinada comunidad epistémica en cada rama del saber (trabajamos en relación -más o menos lejana o cercana- con nuestros contemporáneos). En tal sentido la ciencia es diacrónica y sincrónica, pero siempre es una empresa comunitaria. Esta condición social de la investigación científica y filosófica es lo que permite avanzar en ellas; y la realización de reuniones, coloquios y congresos tiene la función primordial (por lo menos idealmente) de poner en contacto directo a investigadores de diversas partes de un país o del mundo para llevar a cabo un intercambio de los resultados y una discusión sobre sus metodologías de trabajo, entre otras cosas fundamentales del quehacer académico. Pese a la importancia que sin duda han tenido y siguen teniendo las reuniones nacionales e internacionales de académicos y científicos, su

potencialidad está aún lejos de ser explotada de manera eficiente. Paso pues a la parte etnográfica de mi intervención.

Si tuviéramos que trazar un denominador común en los congresos académicos de Iberoamérica (y creo que también del resto del mundo), me parece que no estaríamos muy errados si lo identificamos con lo que en México Gabriel Zaid llamó la **acumulación curricular**. De acuerdo a la idea de Zaid, la publicación de libros y artículos, tanto como la asistencia a Congresos y su organización, tendrían que ver en general de manera muy importante con la conquista de puntos que contribuyen al currículum del académico, y que en particular cuentan de manera fundamental en la evaluación sobre la productividad académica de los participantes en sus respectivos países y universidades o centros de trabajo, evaluación misma de la que suele depender en última instancia y en buena medida su nivel de ingreso económico. Si esto es un patrón generalizado o no, es decir, si efectivamente es un común denominador, o incluso *El* común denominador, sería un asunto a ser esclarecido por un estudio más detenido del fenómeno y a partir de una muestra empírica mucho más amplia de la que yo soy capaz de reseñar por mi experiencia directa, y que es precisamente para lo que requería yo a los etnólogos, antropólogos y sociólogos hace apenas unos cuantos párrafos.

Como quiera que sea este es el primer punto que pongo a su consideración pues, en cualquier caso, este es un elemento que al parecer no podemos dejar de tener en cuenta bajo ninguna circunstancia. Voy a decir brevemente algo particular del caso mexicano que tal vez valga para el resto de nuestros países -ya que en todo caso cada uno de ustedes sabrá determinarlo mejor considerándolo en relación a su propia experiencia. El diseño institucional de los estímulos a la productividad por parte de las universidades mexicanas y del sistema nacional de investigadores (SNI) obliga de manera perversa a los trabajadores académicos a preocuparse más por participar en congresos (en cualquier congreso) y en publicar (prácticamente cualquier cosa, claro, siempre que cuente con ISBN o ISSN o indexación internacional) que por investigar más seria y consistentemente. En

otras palabras, el académico en mi país está obligado a preocuparse más por la acumulación curricular -lo que quiere decir en última instancia por mantener su nivel de ingreso-, que por cuidar la calidad alcanzada en los resultados de su trabajo. *Publish or perish*, es la divisa que en inglés define muy bien este aspecto del fenómeno académico y las condiciones para su evaluación formal.

Tengo que apresurarme aquí a decir inmediatamente que he podido también corroborar la existencia de académicos capaces de cumplir con estándares de alta calidad en sus productos. Al menos en lugares como Argentina, Colombia, Costa Rica, España y hasta en mi propio país existen académicos y científicos que presentan en las reuniones y congresos trabajos de altísima calidad. Sin embargo también debo decir que por lo general lo hacen *pese* a sus burocracias e instituciones, y no *gracias* a los apoyos que, se supone, deberían recibir de ellas. Esto lleva a una consideración que va más allá de los congresos, las redes y la publicación de resultados, pero que está íntimamente vinculado con el asunto: las universidades mismas -es decir, sus burócratas- se encuentran más preocupados por cumplir con los estándares y requisitos impuestos por las instancias educativas gubernamentales (nacionales y/o internacionales), que por apoyar de manera más eficiente los trabajos sustantivos de la investigación, la docencia y la difusión. Así, al académico se le exige desde la cúspide de la pirámide burocrático-académica cumplir cuantitativamente con un trabajo a destajo, y con práctica independencia total de la calidad del producto. Lo que parece interesar más al burócrata típico metido en la educación y la investigación es el cumplimiento de estándares cuantitativos, algunos de estos diseñados (perpetrados), sugeridos y, en ocasiones, hasta impuestos por organismos internacionales. En el caso de mi país esto ha contribuido de manera muy destacada a la generalizada disminución en la calidad educativa en todos sus niveles.

Volviendo al hilo principal de esta intervención y de este documento -y ésta sería otra característica que es posible hallar en la realización de este tipo de eventos-, para algunos participantes en congresos y encuentros

académicos y científicos, particularmente los estudiantes aún no graduados, aunque también para algunos investigadores ya en funciones, este tipo de reuniones significan una forma muy cómoda para hacer lo que llamamos *turismo académico*. Esto no está mal del todo, pues, una vez que estás en un país o en una ciudad extranjera por primera vez y por el motivo que sea, mal haría uno en no conocer lo más posible e intensamente esa ciudad o país; lo que no está tan bien es que esto último termine por sustituir y llegue incluso a ser más importante que el trabajo, discusión e intercambio que son objetivos y fines expresos de los mismos encuentros académicos.

Otro asunto a considerar sobre los congresos y coloquios es el nivel y la calidad de su organización o desorganización. Mi experiencia ha ido desde el total desorden y caos que caracterizó al Congreso Interamericano de Filosofía de diciembre de 2010 en Mazatlán (des-organizado por la Asociación Filosófica de México), hasta el cuidado más preciso y fino del Congreso de Filosofía de la Biología realizado en noviembre de 2012 en Valencia (durante el cual se constituyó como red la Asociación Iberoamericana de Filosofía de la Biología, AIFIBI). No obstante, no es posible generalizar al respecto diciendo que todos los eventos realizados en España están bien organizados y todos los llevados a cabo en México bien desorganizados. Hay al respecto matices, pues he asistido también a congresos mexicanos decorosamente organizados, y, en España, a reuniones que dejan bastante qué desear desde ese mismo punto de vista. La causa de este fenómeno y estas diferencias también tendrían que ser resueltas por una investigación etnográfica, desde la sociología de la ciencia, en otro momento y a partir de una más detallada y extensa información empírica.

Tomando otro punto de vista, y en relación a la calidez y productividad de las relaciones humanas que son de suma importancia para el desarrollo del trabajo en red, mi experiencia ha ido desde las frías y lejanas relaciones por las que se caracterizó el Congreso Internacional de Filosofía de la Ciencia y la Tecnología, llevado a cabo en septiembre de 2005 en Tenerife, hasta la cálida amistad que se generó en el Coloquio Internacional

Transformaciones del Pensamiento Ético, en Uniminuto de Bogotá, durante el mes de septiembre 2012, así como también en la tercera edición del Coloquio de Filosofía de la Técnica en la Universidad de Córdoba, durante el mismo mes y año. Por cierto, no es casual que en estos dos últimos casos se hayan constituido, de manera espontanea y sin que nadie se lo propusiera de manera intencional, una especie de red de investigación, desde luego no formal y, por ello mismo, no tan productiva como podría llegar a ser si una iniciativa como la que aquí nos reúne hoy llega a cristalizar. De hecho colegas colombianos de Uniminuto y de la universidad de Granada, así como los colegas argentinos de Buenos aires, Córdoba y Bariloche, y mis colegas aquí presentes del Instituto Tecnológico de Medellín hemos estado en contacto, aunque de manera intermitente, intercambiando puntos de vista e ideas en relación a nuestros temas de interés, más allá de nuestra presencia física en los encuentros y congresos.

Sin embargo, hay que señalar también que estos resultados -que juzgo positivos en el contenido y forma de las relaciones académicas-, ha sido más el producto de iniciativas individuales que se han presentado de manera fortuita, bajo la forma de una especie de propiedad emergente y a partir de ciertas afinidades en los puntos de vista y, a veces, hasta en afinidades relacionadas con la forma en que miramos y enfrentamos la vida cada uno de los participantes, que el producto plenamente intencional de generar algo así como lo que con propiedad podríamos entender como una red académica e investigativa.

Y con esto me dirijo ya a la segunda parte de mi intervención.

Voy a partir, con las debidas reservas del caso, de una conocida idea sostenida por Bruno Latour y Michel Callon, a saber, que una red-de-actores es tanto un actor colectivo cuya actividad consiste en entrelazar elementos de conocimiento heterogéneos, como una red que es capaz de redefinir y transformar aquello mismo de lo que está hecha. Según los autores mencionados, la red estaría constituida por actores o agentes humanos y no humanos, y es en relación a esta parte específica de su teoría que yo tengo

muchas reservas. Como quiera que sea y cualquiera que sea la divergencia que podamos tener en puntos particulares con la teoría del actor red o de la red de actores, ésta bien puede servir como punto de partida en nuestra reflexión sobre la construcción de un red de investigadores.

En un primer sentido muy general puede afirmarse que si, como ya se dijo, la ciencia es una empresa social o, para decirlo con Philip Kitcher, que la leyenda del descubridor o el inventor genial aislado en su laboratorio o en su cubículo es sólo eso, una leyenda, entonces en alguna medida toda ciencia se elabora desde y a través de algo que podemos llamar con propiedad una red. El carácter público de la ciencia, es decir, el hecho de que sus productos y métodos estén expuestos al escrutinio de la comunidad epistémica pertinente en cada caso hace ya de esta comunidad y en alguna medida una red de actores, al menos en el sentido genérico de Latour y Callon. Desde un punto de vista lógico estricto, esto es lo que obraría contra la relevancia de plantearse la construcción de una red basándonos en criterios geográficos. Dada la caracterización de una red de actores ofrecida en el párrafo anterior, la pregunta acerca de en dónde comienza y en donde termina una red de investigación carece de sentido, puesto que toda red de actores está en permanente autoreconstrucción. El punto que quiero señalar más precisamente con esto es que el conocimiento no tiene fronteras geográficas ni temporales, pues de forma permanente nos encontramos haciendo nuestro trabajo parados sobre los avances filosóficos, científicos y tecnológicos que se han hecho en el pasado -y que se siguen haciendo en el presente- en diversos lugares del mundo. Es por esto que afirmaba que la ciencia y la filosofía -como la historia- son diacrónicas y sincrónicas: se cuestiona y se utiliza el conocimiento pasado desde las contingencias del presente, y con la vista puesta en el futuro.

Con todo esto se plantean desde luego problemas de orden ontológico, epistemológico y metodológico a algunos de los cuales quisiera referirme de una manera que será por obligación breve. La ontología es básica en el sentido de que acota el objeto o los objetos de estudio de una disciplina determinada. Esto puede ser relativamente sencillo de resolver en

las ciencias duras como la astrofísica, la química o la biología; sin embargo, en las ciencias humanas y sociales el problema ontológico se hace más complicado debido a que los objetos de estudio de las distintas disciplinas humanísticas no pueden ser aislados de sus vínculos con los objetos propios de otras disciplinas tanto sociales como naturales. Los objetos de estudio de las humanidades se traslapan. Por ejemplo, en astrofísica es relativamente sencillo decidir cuál es su objeto de estudio y acotarlo. Pero en economía, es muy difícil separar los objetos que se consideran propios y hasta “exclusivos” de ella, del contenido temático formal de otras disciplinas como la antropología, la sociología, la psicología y la ciencia política. Un par de fenómenos sin duda económicos como el consumo y la inversión en determinado momento y lugar, por ejemplo, no pueden ser escindidos de sus condicionantes culturales, sociales, psicológicas y políticas. En otras palabras, los llamados fenómenos económicos no serían sólo fenómenos económicos y, en ocasiones, ni siquiera serían principalmente económicos, y habría por ello que buscar conocerlos con el auxilio de otras disciplinas y otros especialistas.

Esta consideración sobre la ontología disciplinar conduce necesariamente a tomar en cuenta también la epistemología. Como se sabe, dos problemas centrales en las discusiones epistemológicas son los relacionados a la verdad y la objetividad del conocimiento. Aquí de nueva cuenta la teoría de la red de actores, también conocida como teoría del actor red, puede ayudarnos en algo. En contra del programa fuerte en sociología de la ciencia, que propone que la verdad es el resultado de una “negociación” entre los miembros de una comunidad científica determinada, y que niega la existencia de algo que pueda ser llamado objetividad del conocimiento, Latour y Callon, por el contrario, plantean que tal negociación se da tanto entre los miembros de comunidad epistémica pertinente, por un lado, y el mundo físico, o lo que ellos mismos denominan agentes no humanos o actantes, por el otro. Por supuesto, al menos en mi caso no comparto esta parte de la posición esgrimida por los autores mencionados. Creo, en la tradición del naturalismo filosófico, que la noción de agencia implica la

intencionalidad y la libertad (el concepto de *agencia* es distintivo del ser humano, y sólo del ser humano, y por tanto, ni lógica ni físicamente es posible entablar una *negociación* con alguien o algo que no sea humano, se le llame a éste “actante”, o lo que sea). No obstante, lo que me parece ser la parte medular de la teoría de Latour puede ser de utilidad si se le reformula diciendo que esa “negociación” -a partir de la que de manera eventual surge la verdad y la objetividad del conocimiento- es una negociación más bien establecida entre los miembros razonables (con lo cual quedan excluidos los posmodernos) de una determinada comunidad epistémica, en relación a las evidencia empíricas consideradas y analizadas por cada disciplina o grupo de disciplinas, y bajo determinado contexto histórico y social en el que cuenta de manera básica el estado alcanzado por el conocimiento científico y tecnológico. La objetividad, así, puede ser entendida de manera más natural como intersubjetividad y, de forma correspondiente, la verdad podría entenderse como la consistencia o correspondencia funcional entre determinados enunciados con respecto a la evidencia empírica a la que tales enunciados se refieran. Esto sería compatible con una verdad con minúsculas, una verdad en todo caso corregible por el avance de la ciencia misma, es decir, sería compatible con un falibilismo naturalista que, por lo demás, prácticamente todos los epistemólogos suscribirían, exceptuando por supuesto a los de orientación metafísica y teológica, y también a los posmodernos.

Una red-de-actores y, en este caso una red de investigadores, como la que creo que tenemos en mente en este encuentro, no puede ser entendida como un entramado que vincule de manera permanente diversos actores y conocimientos plenamente anclados e inamovibles, pues los conceptos de agencia y de actor implican el de acción y, por tanto, el de cambio constante, tanto en el sentido de que el conocimiento y los actores se transforman, como en el de que nuevos actores y conocimientos pueden ser incorporados o excluidos de la red, de manera intencional o no intencional. Para usar una metáfora podemos decir que la red y el pescador cambian, tanto con los peces que atrapan como con los que se le escapan o, para decirlo de una

manera más arriesgada: la red, el pescador y los peces constituyen un único objeto que se transforma conforme se lleva a cabo el ejercicio de la pesca, valga decir, el ejercicio de la investigación.

Nuevamente, y ya casi para terminar, estas consideraciones epistemológicas nos conducen a pensar sobre las cuestiones metodológicas, es decir, sobre el cómo de la producción del conocimiento mediante la investigación en redes. Me parece que la concepción de red -siguiendo a Latour sin caer en su antropomorfización del mundo y sin aceptar su concepción de “actante” como agente- bien puede servir como uno de los puntos de partida para el espíritu de esta reunión. La noción de red abre explícitamente la posibilidad al trabajo transdisciplinario, es decir, a una metodología que considera el conocimiento -sobre todo en las ciencias sociales y humanas- como algo que sólo puede ser construido con la participación de múltiples y diversos especialistas, no sólo de las ciencias sociales, sino incluso de otras disciplinas de importancia fundamental para comprender los fenómenos humanos. Me refiero con esto en particular a la biología y a las ciencias cognitivas, donde se han realizado avances que no pueden pasar desapercibidos para readecuar la metodología de las ciencias humanas: el cerebro, que es el mecanismo principal mediante el cual el hombre llega a conocer el mundo es, a su vez, un objeto de conocimiento. Este meta-conocimiento, o el llegar a conocer cómo es que conocemos, no puede ser dejado de lado cuando pensamos en, sobre y a través de redes investigativas.

Es a partir de estas consideraciones generales que un paso en este sentido sería la constitución de Redes de Investigación Internacional que permitan un contacto e intercambio permanente entre distintas instituciones académicas y entre distintos investigadores en diversas partes del mundo, dispuestos a abrirse a la entropía de la transdisciplinariedad como requisito para la producción de un nuevo orden, es decir, de nuevos y mejores conocimientos sobre el universo, sobre el hombre y sobre lo que el hombre puede y debe hacer en el universo; dado por sentado que el hombre mismo es la forma en que el universo toma conciencia de sí mismo. Desde el punto

de vista práctico esto es, si no necesariamente más fácil, sí está menos obstaculizado gracias entre otras cosas a las tecnologías de la información y telecomunicación.

Como señalé al inicio de esta charla y de este documento, el principal obstáculo al que nos enfrentamos en los encuentros nacionales e internacionales es que, aunque durante su realización se intercambian ideas y se establecen y fortalecen lazos de comunicación y colaboración, una vez terminados cada investigador vuelve a su país o región, a su universidad, a su cubículo y salón de clases y se desconecta de sus colegas hasta que eventualmente vuelva a encontrarlos en el siguiente congreso o reunión. La constitución e institucionalización de una red investigativa aquí y ahora permitiría obtener sinergias del trabajo conjunto, mismas que son de gran importancia y urgencia particular para nuestros países y más allá de ellos.

Desde el punto de vista la metodología de la ciencia esta propuesta resulta sin duda de gran relevancia para la producción y distribución social del conocimiento científico y tecnológico relevante en nuestra América y en el mundo. Desde el punto de vista de la epistemología, la filosofía, la historia y la sociología de la ciencia, el fenómeno aparece como un campo de gran fertilidad para el avance y confluencia de diversos puntos de vista, que permitan una mejor comprensión de la realidad física y social, así como una mayor eficiencia en las acciones -tanto individuales como colectivas- para controlarlas mediante una tecnología que resulte legítima desde el punto de vista político. La transdisciplinariedad dinámica aparece pues como la divisa a cumplir de manera fáctica a través del enfoque de redes de investigación. Y todo esto con total independencia del grado en que aceptemos o no en su conjunto las ideas sugeridas y el lenguaje utilizado por Latour y Callon.

Referencias:

Latour, B.: *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor red*, Manantial, Buenos Aires, 2005

Kitcher, Philip: *El avance de la ciencia*, UNAM, México, 2001

Zaid, Gabriel: *De los libros al poder*, Grijalbo, México, 1988

- *Los demasiados libros*, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, México, 1972